

# El toro y el caballo

por Felipe Juaristi

Había una vez una manada de toros pastando en el monte. Era otoño, la hierba estaba húmeda y apetitosa, y los toros la comían muy a gusto. Cuando no se dedicaban a tan necesaria actividad, los toros se liaban a cornadas con los solitarios árboles de aquel paraje; o si no, levantaban nubes de polvo golpeando con sus patas traseras la tierra. Todo ello lo hacían por jugar, porque el toro es, entre todos los animales, el que más miedo tiene de aburrirse. Aquellas tierras eran suyas hasta donde se perdía la vista, y los toros estaban acostumbrados a imponer su ley. Había un río, que cruzaba las tierras de parte a parte, y allá iban a beber cuando les acuciaba la sed.

Un buen día en que el calor apretaba más que de costumbre, apareció un caballo negro que quería beber del río. Los caballos tienen el olfato muy desarrollado y son capaces de oler el líquido desde lejos, donde quiera que se encuentren. Ensanchan sus fosas nasales y ¡ya está!. El caballo negro se acercó tranquilo, pausado, creyendo que aquellas tierras eran de todos y que nadie le prohibiría beber de aquel agua. Estaba muy equivocado.

Un gran toro le salió al camino y se plantó en medio con cara de pocos amigos. Eso le pareció, al menos, al caballo negro.

—¿A dónde vas, caballito? —le preguntó el toro.

—¿A beber agua? ¿A qué te crees he venido hasta aquí? —le respondió el caballo.

—¿Quién te ha dado permiso para venir aquí? —le preguntó el toro cada vez más enfadado.

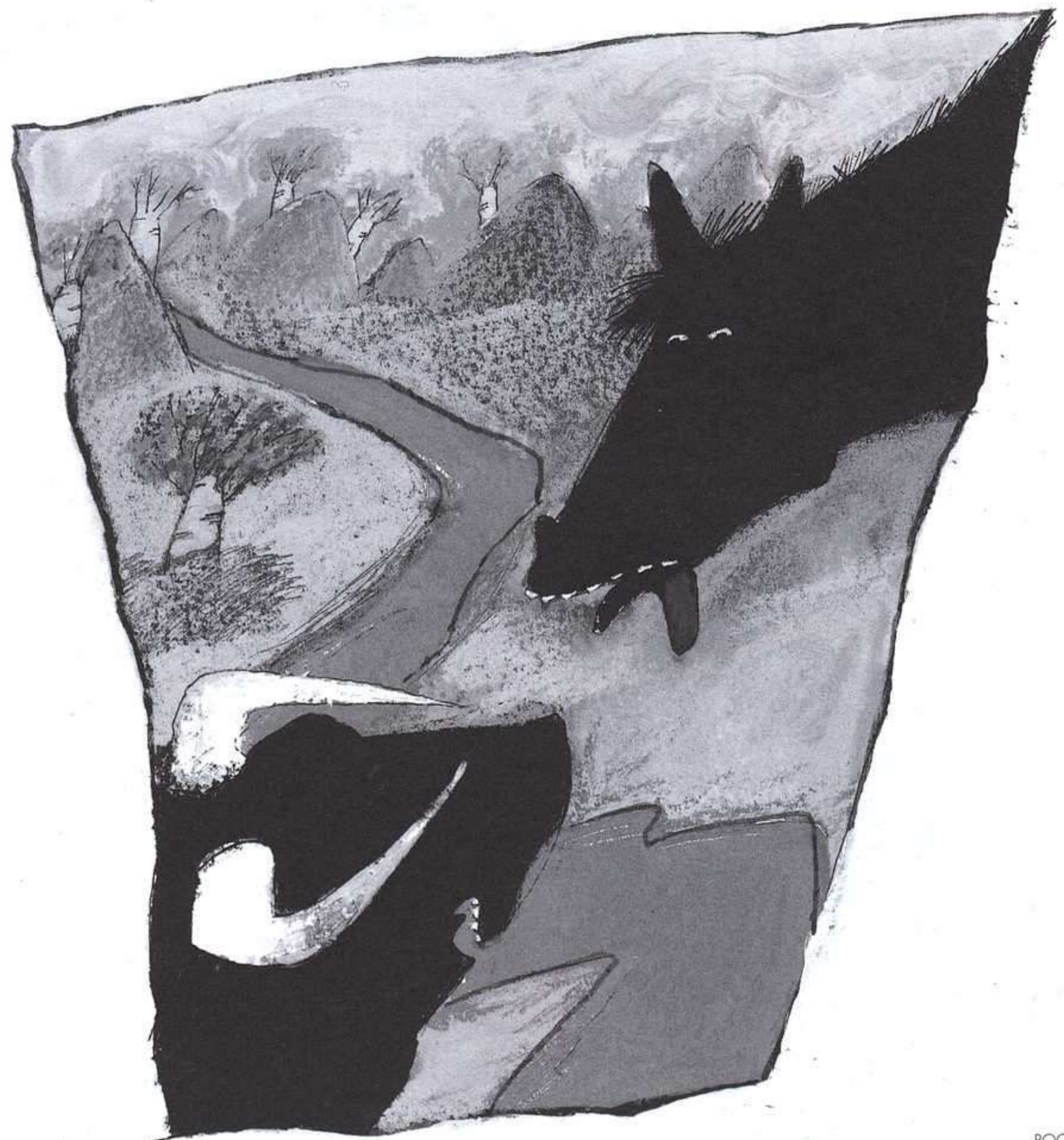
—¡Nadie, señor! ¿Desde cuándo necesitamos los anima-

les pedir permiso para saciar nuestra sed? —le respondió el caballo, cada vez más débil a causa del calor. Sudaba a mares, o a ríos.

—Ya que quieres saber, yo mismo te daré detallada información sobre las costum-

bres de este lugar. Desde que este toro está aquí, ningún caballo bebe agua —dijo el toro, arrugando la nariz y pronunciando sonoramente todas las letras y palabras.

—¿Este toro, dices? —preguntó el caballo, un poco extra-



ROCÍO MARTÍNEZ

ñado de aquella manera de hablar que apenas entendía.

—Si, caballito, este toro que ves aquí —subrayó el toro—. Me llaman Negro, si quieres saber. No hay caballo que beba agua en el río, a no ser que cuente con mi permiso.

El caballo estaba asado de calor. Le parecía, a causa de la sed, que podría beber toda el agua del río, pero antes había que llegar hasta la orilla. Y para ello tenía que sortear el obstáculo del animal que tenía parado enfrente. Si tuviera que dar marcha atrás y volver por donde vino, dudaba de que llegara vivo. ¡Aquella sed tan inoportuna! ¡Aquella tormenta de fuego!

—¡Por favor, este caballo tiene sed! —dijo el caballo imitando el tono ligero del toro—. Si no bebo, me moriré.

El toro se rió, demostrando que tenía humor. Aunque fuera negro...

—Hoy, ese caballo... —dijo el toro, subrayando que se refería al caballo—, no beberá de este agua, porque a este toro no le da la gana.

El caballo no sabía qué hacer. No tenía fuerza ni para pensar. Se le quedó mirando al toro. Luego, torció las patas y cayó al suelo, pensando que el toro se apiadaría de él, en cuanto lo viera componiendo tan lastimosa figura.

¡Pero no! Aquel toro tenía el corazón muy duro, más que las piedras de afilar cuchillos.

—Por favor, vete de aquí si no quieres sentir el filo del cuerno de este toro en la barriga, y ahí te quedarás con las tripas al aire, pasto de buitres y cuervos.

Y comenzó a golpear la tierra con sus patas traseras, demostrando que no estaba para bromas. El caballo salió corriendo, y es mérito suyo, porque no era un caballo rápido de carreras. Aquella vez hubiera vencido hasta el mismísimo rayo.

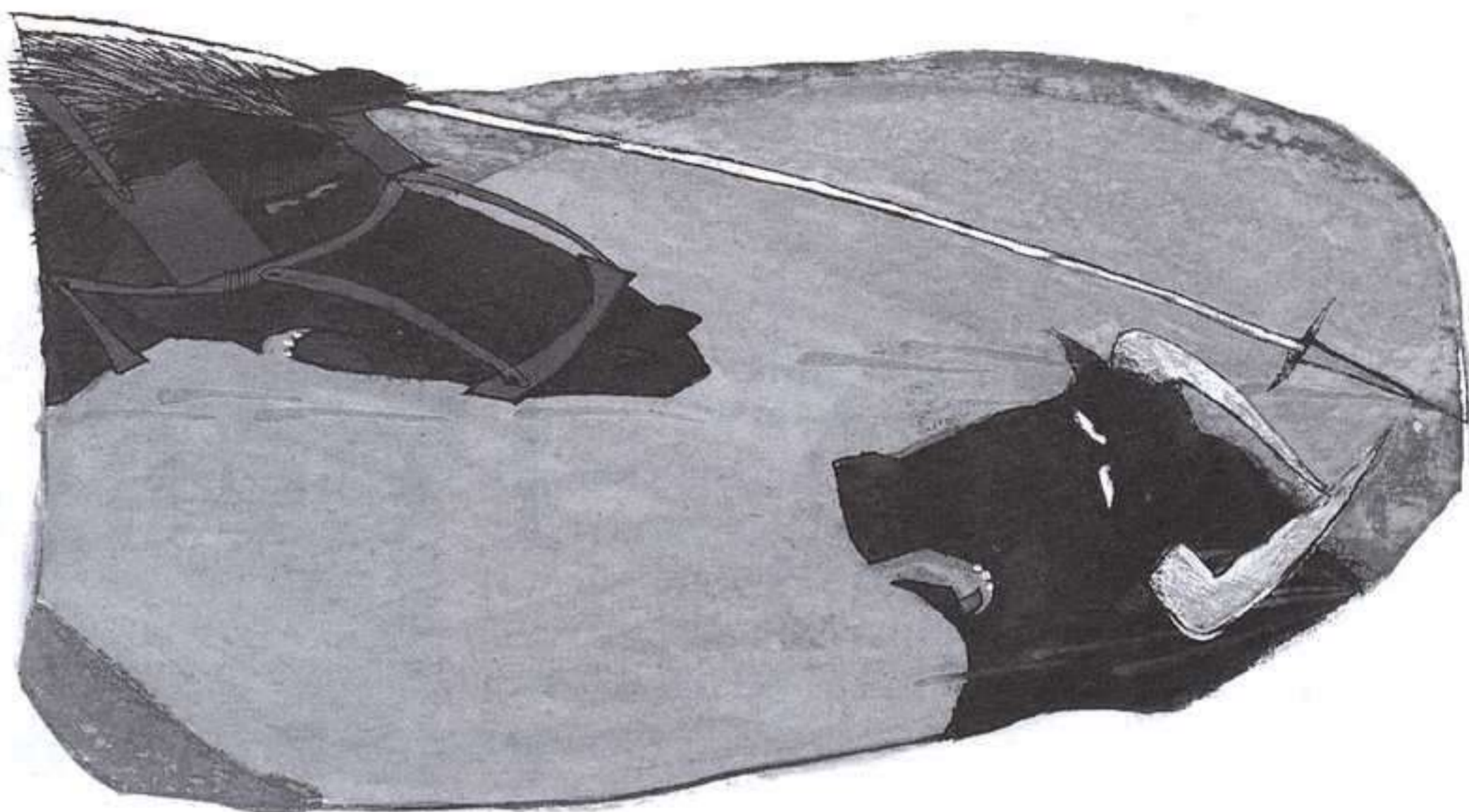
Llegó medio muerto al establo. Después de beber gran cantidad de agua y tomar un pequeño descanso, juró que aquel toro tan arrogante se iba a enterar de lo que vale un caballo. Prometió venganza.

Un aciago día, aparecieron en el monte tres hombres montados a caballo que llevaban una puya en su mano derecha. Vieron al toro y dijo el que hacía de jefe:

—¡Mirad, ahí está!

Los tres hombres comenzaron a perseguir al toro, sin intención de darle ninguna tregua. Y el toro, claro, comenzó a correr, como nunca antes había corrido. Su afilado instinto le decía que sus perseguidores en aquella alocada carrera no venían con buenas intenciones. Media hora más tarde, lo tenían acorralado a la entrada de un encinar. Luego, los hombres se lo llevaron consigo y, de cuando en cuando, le daban un puyazo al toro. El toro, por supuesto, no sabía por qué le hacían daño, por qué lo llevaban aquellos tres hombres que no conocía de nada. Había vivido hasta entonces libre como un rey en sus prados, junto a los demás toros: durmiendo de noche, comiendo de día y, de vez en cuando, haciendo carreras. Estaban a punto de terminar aquellos instantes de felicidad, pero no lo sabía.

Unos días más tarde, cuando dieron las cinco en el reloj metálico de la vieja torre de la iglesia, sacaron al toro a un lugar cerrado y con forma circular. Había mucha gente sentada alrededor, llenando todo el espacio. Hacía mucho calor, un calor pegajoso e infame. En medio, un hombre con un trapo rojo entre las manos, pero el toro no sabía qué hacía aquel hombre en medio de la plaza, ni tampoco qué era lo que llevaba entre sus manos. Que estaba muy rabioso, porque lo habían



ROCÍO MARTÍNEZ

sacado de su monte, de eso estaba seguro. Dio dos vueltas a la plaza. Luego se quedó quieto, mirando fijamente al hombre. Pensó el toro: «¿qué será eso que brilla tanto? No pienso quedarme aquí sin saberlo». Atacó con todas sus fuerzas al hombre del trapo rojo y el hombre, girando como un trompo su cuerpo a la izquierda, logró esquivar el ataque del toro. El toro falló; o, si no, es que se le fue el trapo. El toro «quedó atónito y extrañado, no sabía qué hacer, y entonces escuchó los aplausos. No sabía si eran para el hombre o estaban destinados a él. Pensó el toro: «ésto no es más que un juego. ¿Pero qué es aquí verdad y qué es mentira?» Se acordó del monte, allí no había engaño alguno; todo era simple y más claro. Si un toro atacaba a otro, el resultado era visible y palpable: un toro con los cuernos rotos, o... Agitó la cerviz, golpeó el suelo con sus patas, y de nuevo atacó al hombre del trapo rojo. De nuevo falló; el hombre, girando como un trompo su cuerpo a la derecha, logró esquivar su ataque.

El toro quedó quieto en medio de la plaza, un poco aturdido. Entonces escuchó un extraño sonido, un sonido profundo y estridente; luego, vio un caballo que entraba en la plaza, con un hombre sentado sobre él. El toro se alegró enormemente: conocía lo que era un caballo. Pensó el toro: «ese va a aprender hoy cuánto miden mis cuernos». Golpeó con sus patas

la tierra, tomó velocidad y allá se fue como llevado por el viento contra el caballo. Le dio un par de cornadas, pero para su sorpresa el caballo no cayó con las tripas al aire. Peor todavía, oyó las risas del caballo. Y a la vez casi, sintió que le metían algo afilado y duro en la espalda. Se le quedó mirando al caballo.

—¿Por qué te ríes de quien sufre? —preguntó el toro.

—¿No te acuerdas de mí? —respondió el caballo.

—¡No! —fue lo que pudo decir el toro.

—¿Te acuerdas de aquel caballo que fue a beber agua a tus tierras y lo mandastes de allí con viento fresco?

El toro dio marcha atrás a su recuerdo. Movi6 la cabeza, como asintiendo.

—Yo soy aquel caballo. Y porque entonces actuastes de aquel modo, ahora recibirás tu merecido.

El toro le atacó de nuevo. Sólo consiguió acrecentar las risas del caballo y sentir algo afilado en la espalda.

—No te esfuerces en balde. Tú en el monte harás lo que quieras, pero aquí mando yo.

—¡Perdón! —exclamó el toro, sangrando, con los ojos fijos en el suelo. ¡Ayúdame!

—¡Ahí te las apañes! —fue la respuesta del caballo.

Luego, el caballo y el hombre que lo montaban salieron por la misma puerta por donde entraron y el toro se quedó solo en la plaza. Luego escuchó otro sonido.